

# Un amor, fuente de libertad

## CARTA 1992

Traducida en 35 lenguas, esta CARTA DE FILIPINAS fue escrita por el hermano Roger para el encuentro europeo de jóvenes que reúne durante seis días en Budapest, del 30 de diciembre de 1991 al 4 de enero de 1992, a 75000 jóvenes de todos los países de Europa oriental y occidental. Este encuentro europeo es una etapa de la «peregrinación de confianza a través de la tierra» animada por Taizé.

¿Por qué CARTA DE FILIPINAS? El hermano Roger estuvo en Filipinas en febrero de 1991, invitado para animar, junto con varios de sus hermanos un encuentro que reunió a jóvenes de todas las regiones del país. A lo largo del año 1991, tuvieron lugar encuentros de jóvenes del norte al sur del país, de Bagulo a Mindanao.

La CARTA DE FILIPINAS será meditada durante los ENCUENTROS INTERCONTINENTALES DE JÓVENES en Taizé cada semana del año 1992.

Si supieras que Dios siempre viene a ti...

El don puesto por Cristo en tu alma es tan único, que resulta imposible huir.<sup>1</sup>

¿Huir de qué? Huir de su amor, fuente inagotable de libertad.

Cuando rompan a tu alrededor las olas de desilusión, ¿dejarás surgir en ti esta llamada: «Haz que acoja tu amor»?

Recibir su amor ofrecido siempre... Ahí se encuentra un soplo ardiente del Evangelio.

Tanto en los confines de la tierra como muy cerca de ti, hay quienes no dejan que se apague esa llama interior.

Y así es como ellos son conducidos al extremo de la libertad. Por amor hacia lo que se les ha confiado, se preparan para asumir responsabilidades.

Serán quienes alivien la pena de los inocentes, quienes reduzcan el sufrimiento de los más despojados. Se atreverán a compartir, incluso con muy pocos medios. Tomarán riesgos para sostener las libertades humanas.

Incluso en la noche de los pueblos, hay quienes reavivan la llama vacilante.<sup>2</sup>

En la humilde oración sacan la libertad para afrontar las duras sacudidas con el alma henchida de esperanza.<sup>3</sup>

Su vida nos habla y nos interpela también: ¿pero de dónde les viene una libertad así?

Para avanzar con ellos por este camino, ¿te parece demasiado frágil tu confianza en el Resucitado?

A veces piensas haberle dejado, pero él está presente en ti, y nunca te abandona. Ahí está lo inesperado del Evangelio.

¿No somos todos pobres de Cristo, frágiles a los ojos humanos? Y, sin embargo, Dios nos elige para confiarnos un misterio de esperanza.<sup>4</sup>

Numerosos jóvenes, vencidos por la duda, no llegan a dar su confianza a Cristo, al haber sido abandonados por aquellos a quienes Dios les había confiado desde su nacimiento.

En su infancia, se abrió un vacío en ellos y no pueden llenarlo. Parece como si quisieran correr y correr para volver a encontrar una posibilidad de vida, una madre, un padre.

Cuando su corazón se muere, cuando sus profundidades gritan de soledad y surge de sus entrañas la última pregunta, «¿pero dónde está Dios?». ¿Quién sabrá entonces decirles que para Dios, «cada ser humano es sagrado, consagrado, a través de la inocencia herida de su infancia»?

Acuérdate: Si aparecieran en ti como fisuras de incredulidad, no por eso eres infiel.<sup>5</sup>

No te mires más como tierra reseca... Que caiga su rocío, lágrimas de la mañana, y que en el desierto de tu alma se aplaque la sed de un amor.<sup>6</sup>

Tú que aspiras a seguir a Cristo hasta el último suspiro; recuérdalo: cuando Dios hizo al ser humano a su imagen, tomó el riesgo de crearle libre, y jamás sometido como un autómatas.

La libertad lleva un nombre con una pesada carga de historia.

No sirve para nada no querer verlo: ¡Cuántos sentidos contradictorios se le han dado a la libertad! ¡Cuántos abusos de confianza se han cometido en su nombre!

¿Qué clase de libertad sería aquella que, para servir a nuestros egocentrismos viniera a mermar la libertad de los demás?<sup>7</sup>

Lo que importa es la fuente de donde se toma la libertad.<sup>8</sup>

Esa libertad no se adquiere de una vez por todas.<sup>9</sup> Se reanima mediante una vigilancia para ir a la fuente del Resucitado y vivir de su amor.

Uno de los primeros testigos del Evangelio, escribe estas sorprendentes palabras: «Aun cuando tuviera toda la ciencia y la plenitud de la fe, si no tengo amor, no soy nada. Si repartiera todos mis bienes a los hambrientos, si entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, de nada me sirve.»<sup>10</sup>

Acoger su amor...<sup>11</sup> y te ves libre para asumir responsabilidades,<sup>12</sup> libre para llegar a dar tu vida.

Por el Evangelio, conoces a ese joven que, buscando en Dios la voluntad de su amor, se interrogaba con Cristo. Un día Jesús le respondió: «Una sola cosa te falta, vende todo lo que tienes, dáselo a los pobres, luego ven y sígueme.» Y ese joven se fue muy triste.<sup>13</sup>

¿Por qué se alejó? Porque tenía muchos bienes. Quería al mismo tiempo seguir a Cristo y guardar sus riquezas. No tuvo la libertad de dar, por amor, hasta sus propios bienes.

Hay en la naturaleza humana un deseo de poseer todo. Pero quien quiere todo a la vez raya en el vértigo de lo imposible; y nada que sea amplio, nada que sea duradero, puede realizarse.

El joven del Evangelio fue invitado a hacer una elección en libertad. Pero, a menudo, ante la llamada a dar hasta su vida por amor, el sí y el no llegan a enfrentarse.

El sí fascina; y al mismo tiempo ese sí asusta.

¿Te dejarán inmóvil las indecisiones frente a un sí de eternidad, ese sí que era ya el de María?<sup>14</sup>

Viene el día de una resolución irrevocable. En un momento dado no hay más salida que una respuesta de libertad, arrojarse en Dios como en un abismo.

Y sobreviene lo asombroso.<sup>15</sup> Ese abismo es Dios. No es un abismo de tinieblas, sino el lugar de donde irradia la claridad del Resucitado.

Y ya el Espíritu Santo te ha impulsado de la duda hacia la esperanza.<sup>16</sup>

Tú que a través de un sí de eternidad caminas en pos de Cristo, no te extrañes de su palabra: «Quien ha puesto la mano en el arado no puede mirar atrás».<sup>17</sup>

Cristo no te llama a cerrar tus ojos ante la luz de Dios, que en todo momento viene y alumbra tu vida. Él te invita a dejar detrás de ti amargura, rebelión, toda la tiniebla interior que corroe e incluso destruye el sí de eternidad.

Por eso, a menudo sentirás el deseo de rezar: «Jesús, el Cristo, no dejes que me hablen mis tinieblas.»<sup>18</sup>

A lo largo de este siglo, un decaimiento de la fe se ha extendido sobre amplias regiones del mundo. Se ha creado un vacío donde se desarrollan múltiples corrientes de religiosidad con los más diversos contenidos.<sup>19</sup>

Ante este decaimiento de la fe, el sentido de la responsabilidad nos tiene en vilo. Preparar los caminos de Cristo Jesús llega a ser una de las prioridades.<sup>20</sup>

Muchos jóvenes tienen gran sed de autenticidad en la confianza de la fe. ¿Cómo extrañarse de que estén desconcertados por la inconsecuencia de las divisiones entre quienes se refieren al mismo amor del Resucitado?

Para comunicar a Cristo, ¿habrá una realidad más transparente que una vida dada, donde día tras día la reconciliación se realice en lo concreto?<sup>21</sup>

Es esencial recordar que Cristo no vino para crear una religión más, sino para ofrecer una comunión en él. Y cuando esta comunión única que es el Cuerpo de Cristo, su Iglesia, toma el riesgo de las reconciliaciones, semejante claridad de evangelio no engaña. Habla por ella misma.

A mediados del siglo XX apareció un hombre llamado Juan XXIII. Tuvo una intuición poco común acerca de la reconciliación de los cristianos. La expresó por medio de esta certeza: «No habrá proceso histórico, no buscaremos saber quién se equivocó ni quién tuvo razón, diremos solamente: ¡reconciliémonos!».<sup>22</sup>

Quien responde a tal llamada no verá a nadie como un enemigo.<sup>23</sup> Orando en el silencio de su corazón, encuentra la libertad de pedir perdón y perdonar, llegando incluso a amar a quienes le rechazan o le maltratan.

El perdón es una realidad del amor tanto más excepcional cuanto que el recuerdo del pasado resulta a veces difícil de borrar. Ocurre que el recuerdo de las humillaciones y de las heridas permanece y se transmite incluso de generación en generación. El perdón del evangelio va más allá del recuerdo.<sup>24</sup>

En este final de siglo, muchas regiones del mundo están marcadas por desgarrones y violencias.

A través de la tierra, son multitudes quienes aspiran como nunca a estar pacificados, reconciliados. Con realismo hacen todo lo posible para alcanzar la libertad. Asumen responsabilidades con vistas a construir la familia humana.

Por desprovistos que pudiéramos estar, una de las urgencias de los años venideros será llevar la reconciliación allí donde haya la herida del odio, cerca o lejos de nosotros,<sup>25</sup> sí, realizar todo lo posible para prevenir nuevas guerras fratricidas.<sup>26</sup>

Quien busca la reconciliación, con un corazón muy sencillo y ardiente de amor, descubre la libertad como una plenitud de vida interior.

Consigue atravesar las situaciones por muy endurecidas que estén, como el agua del arroyo a principios de primavera cuando se abre paso a través de una tierra aún helada.

En la humilde oración, tendrás aún que decirle a Cristo: «¡Líbrame de mis miedos!». Y Cristo viene y alumbra hasta el misterio del dolor humano, de tal manera que nos abre a una intimidad con Dios.

Y un día comprenderás que Dios no suscita en nadie la angustia interior o un miedo.

Cristo no vino a la tierra para ejercer un castigo, sino para que todo ser humano sea salvado, reconciliado, y descubra que Dios es amor, y sólo amor.<sup>27</sup>

Dios nos reviste con su compasión sin límites, por eso va hasta enterrar nuestro pasado en el corazón de Cristo. La certeza de su perdón es lo más inaudito, lo más inverosímil de las realidades del evangelio. Ella es libertad.

¿Oirás a Cristo decirte: «Conozco tus pruebas y tu pobreza, sin embargo, estás colmado»?<sup>28</sup>  
¿Colmado de qué? De su amor, fuente de libertad, escondida en lo más profundo de ti.<sup>29</sup>

1 Durante los encuentros en Filipinas, volvía siempre una misma pregunta: ¿cómo dejar el desánimo, dejar la desesperanza? ¿Dónde encontrar una fuente para retomar nuevo aliento? Numerosos jóvenes filipinos conocen dificultades económicas, el paro. Pero hay en ellos dones únicos, la confianza de corazón, la confianza en el Dios vivo. Entre ellos, muchos están atentos a los demás, en particular a los más pobres. Son numerosos los que saben que la oración, lejos de volverles pasivos, les compromete a tomar responsabilidades que construyan la familia humana, y lo hacen con gran desinterés personal.

2 Jesús nos lo asegura: «Yo soy...» pero también: «Vosotros sois la luz del mundo» (Jn 8,12 y Mt 5,14).

3 ¡Si supiéramos hasta qué punto el canto en la oración común (o también en la soledad) abre y lleva a una libertad! La oración común puede hacernos contemplar la presencia del Resucitado, particularmente a través de la belleza de las oraciones y de los himnos cantados.

Al cantar una oración, un niño puede sostener a todas las generaciones. Sería tan hermoso si en las iglesias uno o varios niños cantaran una oración, alternada con la de los mayores... Resulta posible hacer las iglesias acogedoras con poca cosa: velas, iconos, algunas telas, viejas alfombras sin valor para arrodillarse...

El violinista Yehudi Menuhin escribió: «A partir del momento en que las palabras se cantan, éstas penetran hasta lo recóndito del alma. Estoy persuadido de que los jóvenes que hoy evitan las iglesias vendrían en masa si encontraran el misterio que allí debiera reinar».

4 Durante toda la vida permanecemos como pobres de Cristo, pues verdad es que nunca seremos gente que ya ya llegado a la meta. Nadie alcanza a comprender todo sobre el misterio de la fe. Cada uno puede decirse: en esa comunión única que es la Iglesia, lo que no comprendo, otros lo comprenden y lo viven. No me apoyo solamente en mi fe, mas junto con los testigos de Cristo, desde la Virgen María y los apóstoles hasta los cristianos de hoy en día, puedo rezar: «Cristo Jesús, haz que me disponga interiormente a poner mi confianza en el Misterio de la Fe».

Para algunos, hay una «gradualidad» en la comprensión de las realidades de Dios; otros captan esas realidades, como Pablo, el apóstol, a través de una comprensión repentina.

Por diversas razones, algunos se encuentran en una situación donde no reciben la Eucaristía. Desde hace muchos siglos, se recuerda la multiplicación de los panes: un día, Cristo bendijo cinco panes para distribuirlos a la muchedumbre, a todos sin distinción. Esa acogida narrada en el Evangelio (Mc 6,30-44), se ha traducido, primero en las Iglesias de Oriente, luego en Occidente, por un gesto de maternidad de la Iglesia, el de ofrecer a todos el pan bendito.

5 En su vida en la tierra, el mismo Jesús oyó a un hombre decirle: «Creo, confío». Pero seguidamente ese creyente añadía: «Ven en ayuda de mi incredulidad, de mi duda» (Mc 9,24). Y cuando Cristo ya no estaba sobre la tierra, Pedro, el apóstol, escribía a los creyentes: «Amáis a Cristo sin haberle visto; sin verle aún, creéis». (1 Pe 1,8)

6 Para expresar su presencia en cada uno, Cristo pronuncia palabras difíciles de comprender: «Vosotros en mí y yo en vosotros» (Jn 14,20). Quizás necesitemos mucho tiempo para comprender esa realidad. Cuatro siglos después de Cristo, un cristiano africano escribía; «Cristo está dentro de ti, allí está su morada. Preséntale tu oración, pero no grites como si estuviera lejos. Él está en lo más profundo de ti mismo» (San Agustín). Si el Resucitado vive en nosotros, también está a nuestro lado, él es quien nos acompaña siempre. Al mismo tiempo es aquél que buscamos y que se hace encontrar.

7 Incluso bajo la apariencia del amor, es posible abusar de la libertad del otro, yendo entre otras cosas a encerrarle en un chantaje afectivo.

8 «Donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad» (2 Cor 3,17).

9 «Fue para que permaneciéramos libres que nos liberó Cristo» (ver Gal 5,1 y 13).

10 1 Cor 13,2-3

11 Para acoger el amor de Dios, ¿sería preciso pensar en él constantemente? Dios conoce los infinitos recursos del corazón humano, esas profundidades donde Cristo habita en silencio. Sabe que algunos experimentan sensiblemente la presencia del Resucitado, otros no siente nada o muy poco. Hace 700 años, un cristiano de los países renanos, llamado Maestro Eckart, escribía:

«Volverse hacia Dios... no es pensar continuamente en Dios. Sería imposible... y además, no sería lo mejor. El ser humano no puede contentarse con un Dios al que piensa. Pues, entonces, cuando se desvanece el pensamiento, Dios también se desvanecería... Dios va más allá de los pensamientos humanos. Y la realidad de Dios nunca se desvanece».

12 Vaclav Havel escribe en un libro reciente; «Si no tratamos juntos de redescubrir y de cultivar lo que yo llamo la responsabilidad superior, nuestro país acabará mal... La vuelta de la libertad en una sociedad en plena decadencia moral ha provocado la revelación de los peores comportamientos humanos, como si todos los lados malos del hombre hubieran adquirido la plena libertad para desarrollarse. El sentimiento de una responsabilidad libremente aceptada por la sociedad no siempre se siente... No dejaré de hablar sin tregua de responsabilidades y de la moral, considero que no hay ninguna razón de creer perdido por anticipado ese combate. Hay un sólo combate que con seguridad se pierde por anticipado: ése al cual renunciamos... La verdadera política, la única que consiento practicar, es la política al servicio del prójimo, al servicio de la comunidad, al servicio de las generaciones futuras. Esa política no es sólo la realización de la responsabilidad de todos y hacia todos. Ella se nutre de la certeza, consciente o inconsciente, de que nada se termina con la muerte, pues todo se inscribe para siempre, todo se evalúa en otra parte, en alguna parte por encima de nosotros, en esa parte inseparable del orden misterioso del cosmos, de la naturaleza y de la vida, que los creyentes llaman Dios y al juicio del cual todo está sometido». («Las meditaciones de verano», cap. 5)

13 La palabra de Jesús a ese joven (Mc 10,17-22) interroga y estimula para ir lejos. En los años venideros, en vista de un compartir, es posible que los cristianos sean conducidos a una sencillez más explícita: en la vida diaria, en sus domicilios. Con gran sencillez de corazón y con muy pocos medios materiales, es posible una acogida que no nos creíamos capaces de realizar. Pero también es verdad que la sencillez sin la ardiente caridad sería como una sombra sin claridad.

14 Lucas 1,38

15 Asombro es una palabra delicada. Podría hacernos pensar en una exaltación interior, una actitud forzada y artificial. Don de Dios, el asombro nos construye interiormente. No hay nada simplista.

16 Antes de morir, Jesús dijo a sus discípulos que se iría, pero que su presencia continuaría por medio del Espíritu Santo y que el Espíritu Santo será un consolador. Jesús sabe que el ser humano necesita ser apoyado, conducido, y también consolado. (Jn 14,25-26, 16,5-7)

17 Lucas 9,62

18 San Agustín, Confesiones.

19 Esas corrientes religiosas a veces tienen una coloración de esoterismo. Una mujer de Praga, que tomó parte de manera considerable en la apertura de su país, madre y abuela de numerosos niños, se preguntaba y escribía: «Tantos jóvenes son cautivados por ideas y grupos que pretenden tener una explicación para todo. ¿Cómo ayudarles a creer en lo invisible, en lo imposible, en el amor de Dios? ¿Cómo ayudarles a ser conscientes y a la vez capaces de asombro por los signos de la presencia de Dios?».

20 El decaimiento de la fe caracteriza amplias regiones del hemisferio norte. A veces los abuelos preparan caminos de Cristo para los más jóvenes. En Taizé, unos jóvenes de un país báltico decían: «Si somos creyentes, ha sido gracias a nuestras abuelas, y nos hubiera gustado traerlas a Taizé con nosotros. La mayor parte de nuestras abuelas fueron alejadas del país durante largos años, 15 años, 17 años. Allí, para perseverar, no tenían más que la confianza en Dios. Son mujeres sencillas. No comprendieron el por qué de tanto sufrimiento. Algunas han vuelto, son transparentes y sin amargura. Para nosotros ahora, nuestras abuelas son unas santas».

21 Resulta esencial que algunos jóvenes creen pequeñas comunidades eclesiales en grupos de cinco o seis. Las primeras fueron creadas hace años en Haití. Para estar atentos a Cristo en su comunión, y también para que no haya

segregación de edades, es importante que esas pequeñas comunidades de jóvenes estén unidas a las comunidades locales, las parroquias, allí donde se encuentran todas las generaciones, desde los más ancianos hasta los niños.

22 Juan XXIII pronunció esas palabras durante un mensaje el 29 de enero de 1959. Se trataba de la reconciliación entre los cristianos.

23 En el Siglo VII, un cristiano de Oriente escribía: «No acojas sospechas, incluso expresadas por otras personas, en contra de nadie, pues te harán tropezar. Porque aquellos que hacen un escándalo por los acontecimientos, provocados de manera premeditada o accidentalmente, no conocen el camino de la paz, ese camino que, mediante la caridad, lleva al conocimiento de Dios. (San Máximo, Confesor)

24 La reconciliación es una curación. Supone el perdón, ofrecido o pedido, y el perdón libera la memoria del peso de la culpabilidad y de la angustia.

25 La «peregrinación de confianza sobre la tierra», animada por Taizé desde hace años no organiza a los jóvenes en un movimiento en torno a Taizé, sino que estimula a llegar a ser creadores de paz, portadores de confianza, en sus ciudades, sus pueblos, sus parroquias, con todas las generaciones, desde los niños hasta las personas ancianas. Cada uno puede hacer de su vida como una peregrinación de confianza... rezando... buscando comprender a quienes se encuentran alejados por sus orígenes, sus opciones... realizando gestos de reconciliación a su alrededor... comunicando a otros la hermosa esperanza humana...

26 Cristianos reconciliados serán siempre un fermento irremplazable para construir la familia humana a través de la tierra.

27 Es importante que quienes tienen una responsabilidad relacionada con los niños nunca les dejen pensar que Dios pone un tormento en el ser humano. A menudo, ya en su temprana infancia, el corazón está habitado por un miedo secreto: Dios me va a castigar. Pensar que Dios castiga es uno de los más grandes obstáculos para la fe. Si se mira a Dios como un juez que tiraniza, Juan recuerda con letras de fuego: «Dios es amor. No hemos sido nosotros, ha sido él quien nos amó primero.» (1 Jn 4) Es esencial que jamás hagamos entrar en el corazón de un niño un miedo al nombre de Dios.

28 Apocalipsis de Juan 2,9

29 En la libertad de un intercambio con Cristo, con una sencillez sin igual, es posible depositar en él nuestras cargas. La humilde oración está al alcance de cada uno. Para orar, Dios no pide prodigios extraordinarios, ni esfuerzos sobrehumanos. Muchos creyentes han vivido con una oración muy pobre en palabras. Pablo, el apóstol, escribía: «No sabemos cómo orar...» Y añadía: «...pero el Espíritu Santo viene en ayuda de nuestra incapacidad y ora en nosotros.» (Rom 8,26) Para algunos la oración necesita muchas palabras. Pero, ¿no será mejor pronunciarlas a solas? Expresadas en presencia de otros, ¿no les obligamos a escuchar lo que estaba reservado a una intimidad con Dios? Nadie quisiera abrumar a los demás con una oración convertida en charla. Cuando Pablo invita a «orar sin cesar», no significa únicamente expresarse por medio de palabras. ¡La oración es tan amplia! La oración encuentra múltiples expresiones, gestos como el signo de la cruz, símbolos como el de los discípulos que se posternaban con la frente en el suelo, citado al final del Evangelio de san Lucas. Orar con la frente en el suelo expresa el deseo íntimo de renovar en todo momento la ofrenda de su propia vida.

A veces la oración es combate interior. A veces es sencillo abandono de todo el ser en Dios en el silencio, sin palabras.

Algunos oran con pocas palabras, siempre las mismas. Puede ser bueno encontrar para sí mismo una oración breve por medio de la cual expresar un clamor interior. Una oración así no puede volverse un método. Pero, en los más diversos momentos de nuestra jornada, esa llamada nos saca de nosotros mismos y nos conduce a la fuente. He aquí dos sugerencias:

Cristo Jesús, Luz interior, no dejes que me hablen mis tinieblas. Cristo Jesús, Luz interior, haz que acoja tu amor.

Bendícenos, Señor Cristo, a nosotros y a quienes nos has confiado. Mánennos en el espíritu del evangelio: la alegría, la sencillez, la misericordia.

© Ateliers et Presses de Taizé  
Taizé-Communauté, 71250 Taizé, France  
[www.taize.fr](http://www.taize.fr)